

NOTAS

Alfonso Reyes

(1889-1959)

Con Alfonso Reyes desaparece la última gran figura mexicana de la generación de 1910. Después de Antonio Caso, de Pedro Henríquez Ureña, de José Vasconcelos, Reyes era el único que nos quedaba. Con él perdemos también a uno de los escritores de mayor dominio y conciencia del oficio en nuestro idioma.

Como sus compañeros de grupo, Reyes fue hombre de estudio y reflexión. Buena parte de su obra estuvo orientada hacia la crítica y la erudición. Pero su genio era, ante todo, creador; su verdadera naturaleza, poética, es decir, lírica. He conocido pocos hombres que, como él, estuviesen tan necesitados de expresión. La urgencia expresiva se delataba ya en su propia presencia física. Con más exactitud, en los ojos y las manos, que suelen ser las puntas por donde escapa una parte —a veces, la mejor— de nuestra alma. Sus miradas, penetrantes de intención, venían de lo hondo y acariciaban desnudando. Sus manos, bien dibujadas, ligeramente barrocas, se alargaban hacia uno —llenas de promesas, como racimos— y, al estrechar, convencían. Luego, su voz: cálida, envolvente, rica de matices en su dulce entonación mexicana. Por la voz, el hombre se prolongaba en diálogo. Dentro del universo de grandes conversadores que es el mundo hispánico, Alfonso Reyes fue un caso de privilegio. Y supo salvar, como pocos, las virtudes expresivas de la lengua hablada en la obra escrita. Aún hoy, para mí, el mayor placer de su lectura está en el eco de su voz.

Escribir era, para Reyes, un modo de hablar. Una manera de respirar y de vivir, también. "Siempre estoy queriendo comunicar y cambiar ideas con los demás; y como no tengo ocasión de hablarlo todo, escribo lo que se me va acumulando".

La necesidad de expresión, el afán de comunicar con otros, sin embargo, nunca lo llevó al desbordamiento. Tuvo el sentido preciso de la medida y el equilibrio. Ejerció una perpetua vigilancia sobre las palabras. Sabía que la palabra es un don precioso que no debe prodigarse en palabras sin motivo. Sospechaba, además, que el lirismo sin freno es sólo una variante de la impudicia. Puso, por eso, sordina a sus pasiones, más que a su voz. Y llegó hasta convertir los modos convencionales de la cortesía —que revelaban su ineludible condición de mexicano— en auténtica policía del alma.

Esa voluntaria contención de sí mismo —dura disciplina para quien se siente acuciado de intensos apetitos— en vez de debilitar su capacidad expresiva la hizo más tensa, más concentrada: sus palabras rebosaban de sentido.

Es natural que su vocación lírica buscara, desde un principio, el camino del verso. Como poeta, Reyes perteneció a aquel período intermedio en que, agotado el Modernismo, se imponía la búsqueda de nuevas formas. Fue un momento de libertad, pausa entre dos *ismos*, que supieron aprovechar temperamentos personales como el suyo. Pero, por eso mismo, la obra poética de Reyes estuvo abierta a varios extremos: desde los versos parnasianos de 1906, con que se inició bajo el signo de Othón y de Darío, hasta las ocasionales audacias metafóricas, que lo acercaron, quince años más tarde, al Ultraísmo. O aquel otro extremo, hacia 1928, cuando se abandonó, en un raptó de humor, al ejercicio puramente verbal de las jitanjáforas y reprodujo, con los nombres de las calles de Buenos Aires, el ritmo del candombe porteño.

Lo propio y más personal de Reyes no estaba, sin embargo, en ninguno de los extremos, sino en el justo medio, cuando se encontraba a sí mismo y hablaba con su propia voz. Con pocas excepciones —entre ellas, sin duda, los magníficos sonetos conceptistas de su última época— es en los metros cortos donde su voz suena más auténtica, donde verdaderamente lo oímos y seguiremos oyéndolo hablar. Es decir, cuando su voz se acerca al tono —sólo al tono— de la poesía tradicional, que es el tono de la lengua hablada. Pienso ahora, por ejemplo, en los romances y glosas de su segunda época —en "La tonada de la sierva enemiga",

en la "Glosa de mi tierra", en "La amenaza de la flor"—y, sobre todo, en su inigualable secuencia de los *Romances del Río de Enero*.

Fiel al sino de su época, Reyes reaccionó, como otros poetas de su generación, contra la opulencia y pedantería métricas de los modernistas, para concentrarse en los metros populares. Su expresión poética parece acendrase mejor, como la almendra, en la breve cápsula del octosílabo. Pero no debe engañarnos la humildad prosódica de la forma. La complejidad interna de imagen y concepto es igual, o mayor aún, que la de los romances y letrillas de Góngora, autor que fue una de sus tempranas devociones. Por otra parte, la excelencia de sus romances es puramente lírica y por eso encontramos en ellos el acento de su voz.

Lírica, y no dramática, es también su *Ifigenia Cruel*. Movidó por lo que podría llamarse su pasión helénica, Reyes cedió a la tentación de escribir una tragedia al modo antiguo. Pero, en sus manos, el drama se volvió confesión, poema lírico. En los intensos monólogos de la protagonista, por detrás de la voz de Ifigenia, oímos la voz del poeta. No son las cuitas de Ifigenia las que canta, sino las suyas propias: el dolor de su destierro y la cruel memoria de su estirpe—teñida en sangre—cuyo recuerdo quería borrar sin lograrlo.

En Reyes, no fue el verso, sin embargo, el instrumento más sensible para la plena expansión de su voz. No le satisfizo, tampoco, la relajación del verso libre, que sólo empleó ocasionalmente. Reyes no se contentaba con la expresión solitaria de sentimientos: quería, también, comunicar ideas. Hubo de buscar así su desahogo por el ancho cauce de la prosa. La prosa, más apta para la expresión de ideas, podía al mismo tiempo reproducir mejor el movimiento, el ritmo, las estructuras prosódicas del habla.

Reyes fue a la prosa en busca de libertad, no de facilidad. La libertad de la prosa—como toda genuina libertad—no es fácil. Hay que luchar todavía con las palabras y, falto de los apoyos convencionales, de los andadores rítmicos del verso, el escritor tiene que aprender a andar por sí mismo, a encontrar su propio ritmo, sin salirse de las pautas invisibles que le trazan la lógica y la sintaxis.

En la prosa, Reyes se nos revela por entero. Llegó a dominar el arte de la prosa como muy pocos lo han hecho. Es justo afirmar que ha sido uno de los mayores prosistas de la lengua. Lo mejor de su prosa se compara a lo mejor de la prosa castellana de cualquier tiempo. Tiene cualidades pocas veces logradas en español.

Por lo pronto, fluidez, soltura, movimiento. Avanza sin tropiezos,

con naturalidad sintáctica, siguiendo como senda animada los niveles naturales de la emoción y del pensamiento. No se detiene a crear falsos simulacros de arquitectura superponiendo períodos, o yuxtaponiendo adjetivos en número obviamente convenido. Y si, a veces, se eleva, nunca se hincha al modo oratorio. Más bien, vuela. Como en la conversación, la frase breve alterna con la larga, y el discurso, reforzado por interrogaciones y exclamaciones, busca expresar tanto la lógica del corazón como la de las ideas.

La prosa de Reyes tiene, además, transparencia, diafanidad. El secreto de la expresión estética consiste, siempre, en dar transparencia a la materia con que se trabaja. En el caso de la literatura, hacer transparentes las palabras para que reluzca en ellas la plenitud interior del sentido. Reyes logró, quizás con más frecuencia que otros prosistas, la perfecta adecuación de forma y contenido: el triunfo del pensamiento sobre las palabras. No se entregó a ninguno de los juegos del virtuosismo literario, más interesado en mostrar el dominio que se tiene del instrumento lingüístico que en expresar algo con él. Nada se interpone en su prosa impidiendo la comunicación directa. Las imágenes ni pesan, ni perturban la marcha del discurso: sólo sirven para reforzar el efecto de las ideas y, las ideas mismas, se recortan claramente, sin retorcimientos conceptistas. De ese modo, en virtud de una singular impregnación emocional, que devolvía a las palabras su prestigio originario, Reyes logró, casi sin proponérselo —o sin que parezca proponérselo— un estilo distintivo.

No menos notable es la perspectiva y el tono de su prosa. Hay prosas que llegan de lejos, como desde el fondo de un anfiteatro; otras, que caen de lo alto, como desde una cátedra, o de un fingido olímpo; otras, por fin, que escapan de un altavoz impersonal. Reyes tenía conciencia clara de la relación que existe siempre entre el estilo y el tono de la voz y condenó, en uno de sus ensayos, el énfasis como una forma de inmoralidad, por que niega la inteligencia y busca una victoria fácil con los recursos de la onomatopeya. La prosa de Reyes, en cambio, por su tono, crea la ilusión de la proximidad, del coloquio: tiene aire de cosa conversada. Y, sin embargo, está muy lejos de la improvisación, aunque lo parezca. Su estructura interna no es menos compleja que la de sus versos de arte menor. Es cierto que la improvisación puede ser un impulso irresistible cuando se tiene un alma sobreabundante. Pero, en todo caso, si en ocasiones Reyes se dejó llevar por ese impulso —como alguna vez se lo increpó amistosamente Pedro Henríquez Ureña— la improvisación fue en él, resultado de una larga disciplina. "Educar —le

advertía a su amigo Vasconcelos— es preparar improvisadores”. Lo que puede parecernos improvisación en Reyes es la espontaneidad lírica con que se expresaba. Estaba dotado, en verdad, de una extraordinaria virtud expresiva, desemboque natural a su desbordante riqueza interior.

El tono lírico es uno de los rasgos característicos de su mejor prosa. Pero no es paradójico decir que Reyes fue, ante todo, un prosista de ideas. Porque resalta en él, precisamente, su talento de expresar ideas en función poética; de convertirlas en objetos de contemplación lírica; de sentir y actualizar las múltiples resonancias simbólicas, los vínculos secretos, que hay entre las puras ideas y las emociones e imágenes. Reyes estaba así magníficamente preparado para el ejercicio de ese género literario—de fácil apariencia, pero de cultivo tan difícil— que es el ensayo. Era la forma adecuada para quien, como él, necesitaba liberarse emocionalmente de lo mucho que había leído y pensado.

Sabía narrar con animación y economía—recuérdense los relatos de *El Plano Oblicuo* o *Quince Presencias*— pero no se aplicó seriamente a la narrativa; ni al cuento, ni a la novela. Sus relatos fueron, casi siempre, pretextos para la digresión ensayística. No le interesaba crear mundos de ficción, sino expresarse él mismo y comunicar directamente con su prójimo.

En la obra de Reyes encontramos, no sólo un vasto repertorio de temas y asuntos, sino también todos los niveles posibles del género ensayístico. Desde la pequeña glosa, a la exégesis erudita; desde el artículo periodístico, al tratado doctrinario; desde la crónica de viaje, al estudio sociológico; desde la síntesis didáctica, a la disertación académica; desde el testimonio y la anécdota personal, al discurso filosófico.

Apasionado de la cultura—del cultivo de ideas y valores— nutrido con las esencias de la mejor literatura, porque pocos en nuestra América habían leído y asimilado tanto como él, es normal que Reyes se entregara, de preferencia, a la labor crítica. Pero como sentía, a la vez, muy intensamente, la responsabilidad de su oficio literario, quiso ir más allá: penetrar e iluminar la trama misma de la creación literaria entendida como experiencia total que abarque desde el simple misterio de la comunicación hasta sus formas más sofisticadas, cuando la literatura se vuelve sobre sí misma, en la reflexión crítica. En ese afán esencialmente crítico, Reyes hizo, además de crítica, historia y teoría de la crítica. Es significativo, sin embargo, que en última instancia la vida de la literatura consistiera, para él, en diálogo.

Reyes fue maestro en el arte de escribir dialogando. Aun sus mo-

nólogos son diálogos, porque sentía de cerca la presencia de sus lectores, y hasta hacía pausas, a veces, como para oírlos. Pero, puesto que la suya era una inteligencia emocionada, lo hallamos más próximo, más personal, en la visión concreta y sintética, que en los desarrollos abstractos y analíticos. El pensar abstracto es una mutilación del espíritu: es contemplar las ideas como extrañas a uno mismo, especie de platonismo frustrado. Reyes no podía, por su propio temperamento lírico, dejar de sentir las ideas desde dentro, desde sí mismo. "En mí—confesaba— el razonamiento más clarificado y dialéctico procede siempre de un largo empujón de sentimientos. . ." Tenía, por eso, el talento de la visión única que permite sorprender el fugaz momento de eternidad que posee cada instante.

Su pensamiento procedía, más que por desarrollos lógicos, por sucesión de iluminaciones poéticas. Y, a menudo, el enlace de las ideas respondía, en él, a asociaciones de orden emotivo, como ocurre siempre que pensamos de un modo natural y espontáneo, con la totalidad de nuestra inteligencia. Sus mejores ensayos, no son sino variaciones de una sola intuición esencial.

Ese modo de pensar por fulguraciones intuitivas es evidente, tanto cuando nos habla de la lengua suave y dulce de los indios, o de la estética de los sombreros masculinos, o de las cigüeñas telegráficas apostadas en los tejados de Europa, o de las saetas sevillanas, o de los mendigos madrileños, como cuando nos describe la transparencia del Anáhuac, o las virtudes austeras de su Monterrey nativo; o nos cuenta sus pesadillas y sueños premonitorios; o traza retratos reales e imaginarios; o teoriza acerca de la escultura de los fluidos; o esboza una metafísica de la caída y una estética del derrumbe, o canta la palinodia del polvo.

Por esa razón, para mi gusto, lo genuino de Reyes, como prosista, no ha de buscarse tanto en sus obras de inspiración didáctica, trabajos eruditos, y tratados de teoría literaria—por notables que sean—sino en sus ensayos ocasionales de inspiración libre. Más que en *El Deslinde*, o *La crítica en la Edad Ateniense*, o *Cuestiones Gongorinas*, o *Junta de sombras*, o *La Antigua Retórica*, es en *Visión de Anáhuac*, en *Las Vísperas de España*, en *Los siete sobre Deva*, en *Tren de ondas*, en *Ancorajes* y en su serie de *Simpatías y Diferencias*, donde encontramos, quizás, lo más propio de Reyes. Es allí, en esas obras que parecen menores, donde vuelve a hablarnos el creador lírico con su voz verdadera. Y donde admiramos, además, su capacidad para la instantánea y la miniatura, que a veces

nos dan, por su misma brevedad, ilusión de distancia y perspectiva. Es allí, por último, donde percibimos mejor la magia coloquial de su prosa.

Para juzgar en su plenitud al escritor —y en no menor medida, al hombre— no hay que perder de vista, con todo, el conjunto de su obra. Reyes, en verdad, no fue el autor de una sola obra. Su obra maestra es toda su obra. Y la mayor dificultad para verla —como para ver el bosque— no está en su magnitud, sino en la multiplicidad de especies que contiene. Es un pequeño universo caleidoscópico en que se refractan, a la vez, el vasto mundo de la cultura y la dinámica riqueza de su alma.

Pocos escritores como Reyes han abierto tantas ventanas a la mónada interior. Su obra no es sino una autobiografía intelectual en la que fue anotando ideas, impresiones, estados de ánimo, recuerdos íntimos, pero que trae, en sus aguas, el limo antiguo de lecturas bien asimiladas. Es un modo de ternura: el deseo de recuperar el tiempo propio antes de que se nos pierda. ¿Puede resultar extraño, entonces, que quien supo concentrarse tan bien en la frase parezca haberse dispersado en la obra?

En la obra de Reyes descubrimos la plenitud de una inteligencia abierta, golosamente enamorada del mundo, capaz de comprenderlo y sentirlo todo. Reyes representó, de manera ejemplar, un tipo de inteligencia poco habitual en el mundo hispánico, y a punto de desaparecer en todas partes. Era una inteligencia fáustica, que no quería renunciar a nada. Su humanismo tenía, por eso, un tono decididamente moderno: miraba al futuro tanto como al pasado, en busca de la síntesis de lo tradicional y lo cosmopolita. Ésa era la fórmula que, a su entender, podía salvar a nuestra América.

Porque si la obra de Reyes tiene un sello inconfundible de universalidad, no deja tampoco de ser profundamente americana. Aunque carezca de color local, Reyes es uno de nuestros escritores representativos. Indigenistas y gauchescos podrán estar más próximos a la realidad americana, si se la juzga por lo que es, o por lo que fue. Pero hay otro modo, no menos auténtico de ser americano. Un modo profético, que ve a América dentro de un orden ecuménico, y quiere trascender los particularismos que nos dividen, y que dividen al mundo. No hubo frivolidad, ni escapismo, en la actitud de Reyes. No quiso escapar a la realidad, sino trascenderla: sabía que era imposible rehuir el propio destino porque él nos precede, nos sigue, o nos acompaña, como la sombra.

Universal y cosmopolita, Reyes tenía, sin embargo, profundas raíces en su nacionalidad y su cultura. México, España, toda América, están presentes en su obra. Y no se mantuvo tan distraído, ni entretenido, en

la pura literatura, como para ignorar nuestros problemas más urgentes, o para no conmoverse con la incertidumbre de nuestro destino. Lo prueban, entre otros testimonios, sus austeros discursos de *Ultima Tule* y de *Tentativas y Orientaciones*, que lo colocan en la línea tradicional de los grandes pensadores políticos y sociales de Hispanoamérica. Eso sí, supo mantener el ánimo sereno y la cabeza fría. Su inteligencia no se enturbió nunca con la pasión política, que es la peor de nuestras pasiones hispano-americanas. No fue éste uno de sus menores méritos.

La obra nos descubre al hombre en la medida en que el hombre se descubrió en su obra. La plenitud del escritor, en su caso, es la plenitud del hombre: la lealtad del escritor, siempre respetuoso de la inteligencia ajena, se correspondió con la lealtad del hombre. Pero el hombre valía, en muchos sentidos, más que el escritor. Tuvo una conducta limpia, fue generoso en el juicio y su alma tolerante cultivó las simpatías, sin ahondar las diferencias. Nunca llevó la ironía a los extremos del sarcasmo porque poseía, también, una conciencia irónica de sí mismo. No todo fue facilidad en su vida: la tragedia llegó a tocarlo de cerca. Y si vivió para escribir, se vio forzado, alguna vez, a escribir para ganarse la vida. Lo hizo limpiamente, sin prostituir su pluma. No escribió ni con el puñal, ni con el veneno. Creía en el valor de las letras porque creía en el valor moral del hombre que las cultiva. Fue un escritor amorosamente concentrado en su arte, pero tuvo tiempo todavía para hacer mil cosas más: para fundar instituciones; para publicar revistas y periódicos; para traducir y editar los clásicos; para redactar códigos y tratados; para promover empresas de cultura; para defender causas nobles; para ayudar a sus amigos en desgracia, y aun a sus enemigos; para representar a su patria, de modo ejemplar, ante otras patrias americanas; para cultivar la amistad sincera.

Llevó una existencia laboriosa: no conoció el ocio sino para el trabajo. No hubo ni siestas, ni mañanas, en su vida andariega y atareada: sólo un perpetuo hoy, sin tregua, ni pausa. Así lo encontró, esta vez, la muerte. No lo sorprendió porque ya antes le había visto el rostro y lo rondaba de cerca. El mismo nos lo dice con su voz inconfundible:

Ya no intento eludir su compañía;
mis pasos sigue, transparente y clara,
y desde entonces no me desampara
ni me deja de noche ni de día.

ANÍBAL SÁNCHEZ-REULET
Universidad of California, Los Angeles, California